

Procesos de abstracción en los paradigmas léxicos abiertos

IGNACIO BOSQUE

Universidad Complutense, Madrid

Tomando el paradigma como ejemplo de repertorio en la lengua, el autor estudia en este artículo cómo crean y amplían los hablantes los paradigmas lingüísticos, en particular el de los verbos auxiliares y el de las expresiones cuantificativas, mediante el procedimiento de la gramaticalización. El análisis de estas construcciones se centra en el paso de sus usos literales a otros sentidos más abstractos. Se plantea asimismo la distinción entre paradigmas cerrados y abiertos y las restricciones que limitan los cambios dentro de estos últimos.

Me parece sumamente oportuno que se dedique un volumen monográfico al concepto de 'repertorio' entendido desde diversos puntos de vista en los estudios lingüísticos y literarios. Su equivalente gramatical más inmediato es el de 'paradigma', noción absolutamente esencial en todas las teorías lingüísticas, pero entendida y desarrollada de formas considerablemente diversas. Como es bien sabido, desde el *Curso de Lingüística General* de Ferdinand de Saussure se conciben los sistemas lingüísticos como conjuntos de relaciones dobles que las piezas léxicas mantienen entre sí. En cierto sentido, todas las teorías gramaticales constituyen desarrollos de la famosa propuesta saussuriana que concibe la lengua como un conjunto de relaciones *en presencia* o *en ausencia*. Las primeras son horizontales y se caracterizan por unir palabras entre sí, sea en contigüidad o a cierta distancia; las segundas son los vínculos verticales entre las piezas léxicas que dan lugar a *paradigmas*, es decir, a las series de elementos entre los que se opta en cada contexto particular en función de las diferencias que los oponen.

Existen muchas clases de paradigmas lingüísticos, pero me gustaría destacar una clasificación no por conocida menos relevante. Me refiero a la que los divide en cerrados y abiertos. Los primeros contienen un determinado número de elementos difícilmente ampliable. Así, el paradigma de los artículos, de los demostrativos, de los relativos o de los reflexivos está formado por series cerradas que constituyen parte esencial del sistema gramatical. Estos paradigmas cambian muy lentamente en la historia del idioma. No queda, pues, al arbitrio de los hablantes crear un nuevo pronombre relativo o reflexivo, lo que no impide —desde luego— que existan diferencias sociolingüísticas entre los elementos que forman estas listas. Así, el relativo posesivo *cuyo* no se usa en la lengua conversacional, y el numeral anafórico *sendos* está casi en desuso en el idio-

lecto de muchos hablantes. Los paradigmas pueden ser también abiertos, como lo son muchos de los que se forman con sustantivos, adjetivos, verbos, y en general unidades propiamente *léxicas* en lugar de *gramaticales*.

Casi todas las teorías actuales sobre la relación léxico-sintaxis se dirigen a abstraer rasgos del significado de las piezas léxicas que sean pertinentes para explicar su comportamiento sintáctico. Los paradigmas que se analizan son, ciertamente, abiertos; pero, a la vez, los rasgos que se destacan en ese proceso de abstracción (relativos a la estructura argumental, el modo de acción o *Aktionsart* y otras nociones similares) se manifiestan en categorías léxicas y sintagmáticas que permiten un número relativamente reducido de variantes. De preguntas como « ¿Cuál es la estructura argumental de este verbo ? », comunes hace unos años, se ha pasado a otras más interesantes como « ¿ Cuántas clases de estructuras argumentales existen y qué comparten los predicados que corresponden a cada una ? ».

No conviene olvidar, por otra parte, que la oposición entre paradigmas abiertos y cerrados es gradual. Entre los muchos argumentos que apoyan esta idea cabe señalar uno: los paradigmas léxicos cerrados pasan a ser abiertos si se amplían con locuciones. El tradicional listado de preposiciones que todos hemos memorizado alfabéticamente se alarga considerablemente cuando se le agregan las varias decenas de locuciones prepositivas (*gracias a, a diferencia de, frente a, a cuenta de*, etc.) que recogen los diccionarios. Lo mismo cabe decir de los adverbios en relación con las locuciones adverbiales o de las conjunciones en relación con las locuciones conjuntivas. De hecho, las locuciones permiten expresar significados mucho más específicos que las demás partículas, están sujetas además a cierta variación geográfica, y a menudo a restricciones contextuales de tipo sintáctico.

Me interesan especialmente los paradigmas que se crean como resultado de procesos de gramaticalización. Son ejemplos claros el paradigma de las perífrasis verbales y el de los llamados *verbos semicopulativos*. Una propiedad notable de estos paradigmas es que se construyen como resultado de procesos de abstracción. Así, del verbo *andar* se abstrae (en el sentido de ‘se separa’, ‘se desgaja’ o ‘se aísla’) un rasgo aspectual durativo, de forma que ese verbo de movimiento se convierte en auxiliar, forma perífrasis verbales de gerundio (*Lo anda diciendo*) y se usa también con atributos adjetivales como verbo semicopulativo (*Anda un poco despistado*). Se obtienen procesos análogos con los verbos *ir, venir* o *llegar*, entre otros : *Te vas a caer, Se lo vengo repitiendo ; Llegó a ser almirante de la armada*. Así, del verbo *llegar* se abstrae un rasgo de ‘delimitación’ o de ‘telicidad’, de forma que el verbo deja de designar el proceso del alcanzar su fin algún desplazamiento, como explica el DRAE, para pasar a denotar el límite de alguna situación. Existen otros muchos casos similares.

Estos últimos paradigmas se renuevan más rápidamente que los que forman los pronombres o los determinantes. Así, en el español de México, parte de Centroamérica, el Río de la Plata y el área andina, se ha creado la perífrasis « *vivir* + gerundio », de sentido continuativo e iterativo. La perífrasis se constituye abstrayendo un rasgo gramatical del verbo *vivir*, concretamente la idea de persistencia de un estado de cosas. El nuevo uso se comprueba en estos ejemplos : *Esto me ha ocasionado hasta enemigos en el barrio, porque les vivo llamando la atención a los niños* (*La Prensa*, 21/4//97 [Nicaragua]); *Al Pato Torres [...] le viven diciendo que la radio es mía. Eso es otra fantasía que me inventan* (*Caras* 29/9/97 [Chile]). Cuando el verbo *vivir* se usa como auxiliar, como sucede en estas construcciones, pierde los demás componentes de su significado, al igual que *andar*, *ir* o *venir* pierden los rasgos significativos relativos al movimiento. El verbo *vivir* deja, pues, de designar el proceso de la existencia para pasar a expresar la persistencia o la reiteración de algún estado de cosas, lo que permite que se aplique a nociones de las que no se predica estrictamente el concepto de 'vida'. El verbo se integra, en definitiva, en el grupo de los auxiliares y muestra los comportamientos característicos de esas unidades, entre otros la anteposición de los pronombres átonos, como en *Se lo vivo repitiendo*.

Se usa asimismo como auxiliar el verbo *prometer* en *El día promete ser caluroso* (José Luis Sampedro, *La vieja sirena*). Como es obvio, no se dice en esta oración que un determinado día realice cierta promesa, sino más bien que es muy probable que determinado día acabe por ser caluroso. Este uso se encuentra ya en la lengua clásica. Así, las islas de las que se habla en el siguiente texto de Cervantes tampoco realizan promesa alguna : [...] *dexando a entrambas partes, diestra y siniestra, islas pequeñas que no prometían estar pobladas de gente* (M. de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*). Como se ve, del concepto de 'promesa' se extrae o se abstrae la relativa certidumbre de que cierta situación acabará por darse. Se pierde, desde luego, el compromiso del que habla con su actuación futura, puesto que, en su nuevo uso, el verbo admite sujetos no personales.

A pesar de estas extensiones ocasionales, los verbos auxiliares del español siguen formando un paradigma reducido. Los *sustantivos cuantificativos* (también llamados *nombres de grupo* y *nombres de medida*), ocupan un estadio más avanzado en la escala gradual entre paradigmas abiertos y cerrados. Como se han estudiado mucho menos que los auxiliares de las perífrasis verbales, me detendré algo más en ellos e intentaré explicar por qué se obtienen igualmente estas unidades léxicas a través de un proceso de abstracción. Existe, como se sabe, un grupo reducido de cuantificadores nominales que se asimilan parcialmente a los adjetivos y los adverbios. Son, fundamentalmente, *mucho*, *poco*, *demasiado*, *bastante*, *tanto*, *cuanto*, *más* y *menos*. Junto a estos elementos, que proporcionan paradigmas cerrados, tenemos un grupo amplio de cuantificadores nominales que forman paradigmas abiertos, aunque no ilimitados. Al igual que

sucede con otros cuantificadores, muchos de estos nombres inciden sobre sustantivos no contables en singular o sobre nombres contables en plural, como en *un haz de luz* ~ *un haz de rayos*. Se usan, por tanto, para delimitar conjuntos de entidades, pero también para medir sustancias o materias. Me refiero a algunas de sus características gramaticales en Bosque (1998, 1999). El aspecto que quiero resaltar aquí, no abordado en esos trabajos, es el hecho de que sus propiedades cuantificativas se obtienen abstrayendo, como sucedía en los verbos mencionados arriba, ciertos rasgos presentes en su interpretación literal. Presentaré someramente algunos ejemplos.

Para enfatizar el volumen o el tamaño de un grupo de personas o cosas, se usan como cuantificadores los sustantivos *montón* (como en *un montón de veces*), pero también *pila*, *montaña* o *cerro*, entre otros, como en estos ejemplos :

[...] y el resultado de esta gigantesca montaña de informaciones y noticias es, casi siempre [...] (Octavio Paz, *Tiempo nublado*) ; [...] a la mujer le toca lavar el cerro de ollas y platos sucios que dejan apilados (Isabel Allende, *Mi país inventado*) ; [...] eran las mismas que podían haber visto la desesperación de los detenidos a lo largo de una pila de décadas (Lorenzo Silva, *Nadie vale más que otro*).

La noción de ‘amplitud’ o de ‘extensión ilimitada’ asociada con el sustantivo *mar* se toma como base para derivar el sentido que este sustantivo adquiere como nombre cuantificativo, como en *un mar de dudas, de problemas o de lágrimas* o en *La de Rumbiar se engolfa con delicia en este mar de jurisprudencia* (Benito Pérez Galdós, *La batalla de Arapiles, Episodios Nacionales*).

Cuando se desea destacar que las entidades cuantificadas aparecen en una sucesión, se utilizan como nombres de medida los sustantivos *serie*, *sarta*, *ristra* o *rosario*, también entre otros:

[...] se convirtió en una invectiva que era más bien una sarta de insultos, dirigidos contra mí pero también contra mi madre (Guillermo Cabrera Infante, *La Habana para un infante difunto*) ; Partir al otro mundo con una ristra de pecados mortales a la espalda no era buena idea (Isabel Allende, *Hija de la fortuna*) ; [...] un par de premios pintorescos y un rosario de comidas y de cenas, casi todas de gorra, en las que habían festejado su talento de escritor (Miguel Sánchez-Ostiz, *Un infierno en el jardín*).

Ciertos sustantivos que corresponden a este grupo (como *serie*, *retabla* o *sinfin*) apenas se usan fuera de las construcciones mencionadas. En cuanto a los demás, me parece que no se ha estudiado con detalle en estos procesos de gramaticalización la cuestión de cuánto queda exactamente del sentido original de tales sustantivos en sus nuevos usos gramaticalizados. Como se ve, el sustantivo *rosario* no designa un rezo, ni un conjunto de cuentas ensartadas, en el ejemplo presentado *un rosario de comidas y cenas*. No obstante, de su interpretación original se extrae un rasgo que podría denominarse ‘serie o sucesión ininterrumpida’ y con él se crea un nombre cuantificativo. El proceso de abstracción no es muy diferente del que permite extraer rasgos aspectuales

de los verbos de movimiento para crear con ellos auxiliares de las perífrasis. Como en esos otros casos, el sustantivo cuantificativo obtenido mantiene cierta relación con el sentido original ; de hecho, los conceptos de ‘repetición’ y de ‘sucesión’ son igualmente característicos del aspecto léxico o *Aktionsart*.

Algunas de las nuevas formaciones pasan a estar casi totalmente lexicalizadas, como *mar de dudas* o *rosario de desdichas*, pero otras muchas no lo están, y dan lugar a un gran número de grupos nominales, siempre que la noción abstracta que aporta el sustantivo cuantificativo pueda aplicarse. Así, el concepto mencionado de ‘repetición’ es también el relevante en el sustantivo *espiral*, que añade la noción de ‘ciclo’. La construcción *espiral de violencia* está totalmente lexicalizada, pero no lo están en la misma medida *espiral de odio* o *espiral de rencor* : *Sobrevivo alimentado por esta espiral de rencor* (José Donoso, *El mocho*), entre otras combinaciones similares que se documentan en los textos:

Estos reportajes, debidos a José Luis Ortiz de Lanzagorta, sirvieron de fermento para la espiral de noticias y comentarios aparecidos luego (*Ambitos. Revista andaluza de comunicación*, nº 1, 1998, en línea) ; Los países derrotados o insatisfechos —como Alemania o Italia— se lanzaban a una espiral de reivindicaciones (Javier Tusell, *Historia de España en el siglo XX, vol 2 : La crisis de los años treinta: República y Guerra Civil*).

Una serie larga de sustantivos cuantificativos se usan para resaltar el hecho de que el conjunto del que se habla sobreviene repentinamente o se presenta en forma impetuosa o tumultuosa. Pertenecen a ese grupo *avalancha*, *alud*, *aluvión*, *cascada*, *oleada* y *tromba*, entre otros:

[...] resto tal vez de pesadilla, durante la cual había aparecido como figura central de una tromba de incoherencias (Ricardo Güiraldes, *Raucho*) ; Sintió otra oleada de satisfacción (Mario Vargas Llosa, *La fiesta del chivo*) ; En ambos casos, no darle nunca al adversario tiempo para pensar. Aturdirlo con un alud de impresiones que bloquearan su capacidad de reacción (Arturo Pérez Reverte, *La piel del tambor*) ; Su habla era abundante, con pretensiones, no siempre inútiles, de añadir tal cual frase ingeniosa al aluvión de palabras insustanciales que forma el fondo de la conversación corriente entre personas sin médula (Benito. Pérez Galdós, *La familia de León Roch*) ; [...] desencadenó una espantosa avalancha de golpes un poco más arriba, a la altura de los riñones (Almudena Grandes, *Las edades de Lulú*) ; [...] y ya cerca de los treinta y cinco aún era un torbellino, una cascada de alegría (Leopoldo Alas, Clarín, *La Regenta*).

Como he recordado, los complementos de estos sustantivos son nombres contables o no contables, al igual que los sustantivos que proporcionan las interpretaciones primitivas (*cascada de agua* – *cascada de alegría*). También como sucedía en los casos anteriores, se pierde en *alud* o *avalancha* toda referencia a la nieve, y en *oleada*, *cascada* o *tromba*, toda alusión al agua o a otros líquidos. Permanece, en cambio, un rasgo abstracto, que resulta esencial para interpretar estos sustantivos en sus nuevos usos. Este rasgo está presente a veces en las definiciones de los diccionarios, aunque

raramente en la forma en que se traslada a los usos derivados. Así, *alud* significa, según el DRAE, « Gran masa de nieve que se derrumba de los montes con violencia y estrépito », y admite una segunda acepción en la que se define como « Masa grande de una materia que se desprende por una vertiente, precipitándose por ella ». A esta segunda se añade la marca « úsase también en sentido figurado ».

No sé si es o no correcto pedirles a los diccionarios que nos muestren más gráficamente cuáles son exactamente los rasgos que permanecen en el uso figurado de estos sustantivos. Los rasgos a los que me refiero en el ejemplo de *alud* no son, desde luego, el estrépito, ni la nieve, ni los montes, sino más bien el ímpetu, y, quizás también el número o la cantidad de lo que se avecina o lo que sobreviene. Algunos lexicógrafos entenderán que no sería justo pedir a los diccionarios que nos muestren expresamente las informaciones que resultan esenciales para interpretar la traslación a la que me refiero. A mí me parece, en cambio, que no sería una petición descabellada, sobre todo porque, si esos son los rasgos que permanecen cuando se pasa de los sentidos literales a los traslaticios, es lógico concluir que tales procesos de abstracción forman parte del conocimiento que los hablantes tenemos de las palabras.

El paso de los usos literales a los figurados en la creación de sustantivos cuantificativos no es abrupto. En cierto sentido, resulta sorprendente que los hablantes demos tan rápidamente con los rasgos semánticos que permiten crear nombres de medida y los apliquemos con tanta facilidad. Lo hacemos, además, a pesar de que las traslaciones no son automáticas ni inmediatas, y a menudo ni siquiera se tienen en cuenta en los diccionarios. Nótese que con los sustantivos *chorro*, *soplo*, *ráfaga* o *bocanada* se acentúa la idea de que algo surge, se expela o se presenta de manera instantánea, a la que vez que intensa. Estos rasgos están presentes en los usos literales de estas palabras, como en *chorro de agua*, *soplo de viento*, *ráfaga de aire* o *bocanada de humo*, pero también lo están en los usos traslaticios a los que me refiero. Prevalecen, por tanto, cuando estos nombres se usan como sustantivos cuantificativos:

Pero no pudo eludir una rápida ráfaga de espanto al recordar el horror de Santiago Nasar cuando [...] (Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*) ; [...] ha sido una bocanada de esperanza la noticia de la elección de Amram Mitzna (Mario Vargas Llosa, *Piedra de toque*) ; [...] del núcleo del ser salta un chorro de imágenes (Octavio Paz, *La casa de la presencia*) ; Un soplo de voluptuosidad corrió por la sala (Pío Baroja, *Mala hierba*).

Me interesa resaltar especialmente que estos usos figurados no son necesariamente poéticos. Ciertamente, la valoración de una combinación de palabras como literaria o no literaria es una cuestión sumamente debatida, y a la larga probablemente irresoluble. Aun así, me parece que cabe hacer aquí una distinción, que intentaré ejemplificar con dos sustantivos : *lluvia* y *cucharada*. Cuando un determinado nombre pasa a usarse como sustantivo cuantificativo en las construcciones descritas, se abstraen —como he

señalado— ciertos rasgos de su significado y se trasladan a los nuevos usos, de forma que las agrupaciones que se designan se concebirán en función de dicha propiedad. No quiero decir que este nuevo uso deje de ser literario, pero sí que es esperable. Si se abstrae de *lluvia* (un nombre de acción), el concepto que expresa el verbo *caer*; y se interpreta figuradamente como ‘sobrevénir’, es enteramente esperable que se use *lluvia* como nombre cuantificativo que designa la abundancia de lo que llega, como en *lluvia de millones, de encargos, de monedas* o en *El tiempo soplabla contra nuestras caras una lenta lluvia de renunciadas y despedidas y tickets de metro* (Julio Cortázar, *Rayuela*). Un sustantivo puede estar, en cambio, restringido como nombre de medida, en el sentido de no participar en los procesos de abstracción a los que me estoy refiriendo. Es lo que sucede con el nombre de medida *cucharada*. Si, a pesar de ello, un escritor decide usarlo como si aceptara tales procesos, hará una elección personal en la que se hará perceptible su voluntad de estilo. Se trata, por tanto, de una apuesta mucho más arriesgada, que podrá ser o no exitosa: *Son tus amigos -repitió su madre, risueña, queriendo darle una cucharada de felicidad* (José Asenjo Sedano, *Eran los días largos*). La distinción puede no ser esencial para el estudioso de la literatura, pero es importante para los que no analizamos la lengua literaria, pero reconocemos que los usos traslaticios de las palabras más comunes son fundamentales para comprender su funcionamiento gramatical.

Entre los sustantivos cuantificativos que se eligen para expresar una cantidad mínima de algo o una porción reducida están *ápice* (*un ápice de rigor, de cordura, de autoridad*) o *brizna*, que también pasa fácilmente de los usos literales (*de hierba, de polvo*) a los figurados: *Los ojos mansos de aquel cordero que hizo todo cuanto le mandó, y en los que creyó descubrir una brizna de placer* (Carmen Riera, *En el último azul*). Con *hilo* se cuantifican especialmente los sustantivos que designan líquidos y sonidos (*hilo de agua, de saliva, de sangre, de voz*), pero también ciertas nociones inmateriales (*de vida, de esperanza*): *Quedaba entre ellos un hilo de amistad, un soporte de memoria inescrutable* (Mariano Arias, *El silencio de las palabras*). Se extrae, pues, de *hilo*, un rasgo relativo a la forma longitudinal o secuencial que adquiere lo que se mide, y se interpreta figuradamente como magnitud temporal o como representación de la escasa consistencia de lo que se evalúa. De forma muy similar, se entresaca de *resquicio* un rasgo que presenta de forma abstracta la noción de ‘abertura’ o de ‘hendidura’, patente en su uso puramente físico: [...] *imaginaba que me levantaba y les decía buenas noches aprovechando un resquicio de silencio en las explicaciones* (Antonio Muñoz Molina, *El jinete polaco*). Los demás sustantivos cuantificativos se agrupan en paradigmas semejantes a estos. Así, para resaltar la variedad que presenta un conjunto de cosas se usan como nombres de medida *abanico, muestrario* o *catálogo*, entre otros:

Un abanico de realidades posibles se abría en torno suyo (Miguel Ángel Asturias, *Leyendas de Guatemala*); Las calles de Queimadas no son a estas horas el hormigüeo de uniformes, el muestrario de acentos del Brasil (Mario Vargas Llosa, *La guerra del*

fin del mundo) ; María había aumentado el catálogo de sus agravios con uno de fecha reciente (Fernán Caballero, *La gaviota*).

Para expresar que lo que se mide está superpuesto a otra cosa y es ligero o superficial se emplean *barniz*, *capa* o *mano*. Los dos primeros se usan muy frecuentemente en usos traslaticios, como en *un barniz de cultura*, *de respetabilidad* o *de nostalgia* : *Los ojos de Clara se anegaban entonces de un resplandor opaco, un barniz de nostalgia en el que se reflejaban antiguos élitros tornasolados* (Rosa Montero, *Amado amo*), o en [...] *parecen rodeados de una capa de vulgaridad y de insensibilidad* (Javier Quiñones, *De ahora en adelante*).

No deseo extenderme analizando otras posibles agrupaciones de los nombres de medida. Como hemos visto, con los nombres cuantificativos se agrupan nociones materiales e inmateriales. De las interpretaciones puramente físicas se abstrae un conjunto de rasgos que nos permiten destacar objetivamente lo voluminoso de lo que se acumula, lo exiguo de lo que resta, lo impetuoso o lo repentino de lo que sobreviene, o lo variado de lo que se ofrece o se presenta. Estos paradigmas son abiertos, pero a la vez están restringidos. Se admite cierto grado de variación en el interior de cada una de estas series, pero los rasgos semánticos que las caracterizan son análogos a los que dan lugar a otros procesos de gramaticalización.

Es oportuno señalar que estas cuestiones tienen una vertiente lexicográfica y otra gramatical. El diccionario combinatorio dirigido por Igor Mel'čuk desde hace años (Mel'čuk *et al.* 1984-1999) contiene una función léxica de sentido acumulativo y otra de sentido acotador o singularizador. Aplicándolas al español, la primera llevaría al usuario a *enjambre* si buscara *abeja*, a *mazo* si buscara *carta* o a *ramo* si buscara *flor*. La segunda lo llevaría a *grano* si buscara *arroz*, a *brizna* si buscara *hierba* o a *ataque (de)* si buscara *tos*. Quizás se pudieran subdividir esas funciones léxicas para dar cabida a otras formas de agrupación que expresan, además de la acumulación o la singularización, otros sentidos —no poco sutiles, como he intentado mostrar— que la lengua asocia objetivamente con tales conceptos. Pero junto a esta vertiente lexicográfica, el fenómeno al que me refiero tiene otra estrictamente gramatical. El análisis de los nombres de medida es una tarea que no puede eludir el gramático con el argumento de que corresponde a otros investigadores. De hecho, el examen de las construcciones llamadas *pseudopartitivas*, características de estos sustantivos, tiene ya cierta tradición entre los sintactistas. En cuanto que el proceso analizado constituye un caso de gramaticalización de unidades léxicas, los nuevos cuantificadores se integran, aunque sea en parte, en los *paradigmas gramaticales*, en este caso en el de los cuantificadores.

Pudiera dar la impresión de que abordar sistemáticamente las extensiones figuradas de los usos literales de las palabras es, en cierto modo, abrir la caja de Pandora. Creo que no es así. El diccionario combinatorio REDES (Bosque 2004) muestra, me parece que

con bastante detalle, que los paradigmas que se construyen con los usos figurados de un gran número de expresiones son más restrictivos —y por tanto abordables objetivamente en mayor medida— que los paradigmas que remiten a realidades materiales. La idea, que se remonta a la retórica medieval, admite un gran número de extensiones y desarrollos de los que aquí no puedo ocuparme. Cabe, por consiguiente, otra respuesta posible a esa hipotética objeción. Es la siguiente : la caja de Pandora ya está abierta. No sólo no provoca el caos el hecho de abrirla, sino que, armados de los instrumentos analíticos apropiados, nos vamos acercando poco a poco a una comprensión cabal de sus misterios.

REFERENCIAS

- BOSQUE, I., « Sobre los complementos de medida », en C. de Paepe y N. Delbecque (eds.), *Estudios en honor del profesor Josse de Kock*, Lovaina, Leuven University Press, 1998, p. 57-72.
- , « El nombre común », cap. 1 de I. Bosque y V. Demonte (eds.), *Gramática descriptiva de la Lengua Española*, Madrid, Espasa, 1999, p. 3-75.
- , (dir.), *Redes. Diccionario combinatorio del español contemporáneo*, Madrid, Ediciones SM, 2004.
- MEL'ČUK, I. et al, *Dictionnaire explicatif et combinatoire du français contemporain, Recherches lexico-sémantiques*. 4 vols. Montreal, Les Presses de L'Université, 1984-1999.